



“Ideología de género”: conceptos débiles, política poderosa

Agnieszka Graff

Los artículos reunidos en este volumen son un paso importante en el esfuerzo actual de las/os científicas/os sociales e investigadoras/es en estudios de género para comprender el auge de la “guerra contra el género” emprendida por la derecha. Al principio, el concepto mismo de “ideología de género” nos dejó perplejas/os a muchas/os, porque no tenía nada que ver con nuestra propia percepción acerca de lo que se ocupaba nuestro trabajo. La ofensiva de derecha contra el “género” ya no es vista como una polémica contra los estudios de género o como un malentendido, sino como una nueva estrategia de la derecha que trasciende muchas divisiones y que contribuye al crecimiento del populismo intolerante. Dado que trabajamos en distintos lugares y luego compartimos y comparamos nuestros hallazgos en relación a la extraña carrera de la “ideología de género”, resulta clave que mantengamos presentes dos dimensiones del fenómeno: el teórico (o teológico) y el político (o estratégico). Por un lado, la “ideología de género” es un concepto: un significante para lo que las/os católicas/os interpretan como los males del liberalismo en el ámbito de la sexualidad humana. Así, la “ideología de género” descende de lo que Juan Pablo II llamó “cultura de la muerte” y del “mal feminismo”, una idea presente en el discurso vaticano en la posguerra (ver Garbagnoli en este volumen). También es cercano a los “derechos naturales” y a la “complementariedad”. Por otro lado, la “ideología de género” también es un eslogan político, parte de la movilización transnacional antigénero, y puede significar cosas ligeramente distintas en los diferentes contextos. Sin embargo, a pesar de su debilidad intelectual y de sus contradicciones internas en tanto concepto, la “ideología de género” ha sido notablemente efectiva como bandera de lucha. Simplemente es un gran nombre para todo aquello que las/os católicas/os conservadoras/es desprecian, mucho mejor que “liberalismo” o “cultura de la muerte”.

La fuerza de este volumen reside en el hecho de que la mayoría de las/os autoras/es se esfuerzan por indagar ambas dimensiones, la teórica y la política, en sus análisis. Los artículos son más interesantes cuando se instalan en los vínculos a veces paradójicos entre ellas. En este sentido,

resulta ejemplar el artículo de Mary Anne Case. Comienza como una indagación detallada de las raíces teológicas de la “complementariedad” (una “historia de tres papas”, como ella la llama) pero termina mostrando que es una invención reciente sin fundamentos bíblicos: es un desarrollo político más que teológico, una instrumentalización de la religión en la lucha por el poder. Históricamente, no fue un desarrollo inevitable, sino parte del giro conservador que siguió al Concilio Vaticano II. En una digresión fascinante, Case describe con detalles lo que podría haber sido un escenario alternativo, que fue posible durante un breve período a fines de los años 1960: una alianza entre el Vaticano y el feminismo liberal. Luego, de nuevo, las cosas pudieron haber sido diferentes en los noventa, si Joseph Ratzinger no hubiera recibido de Dale O’Leary, activista antifeminista norteamericana, un panfleto titulado “Género: la deconstrucción de las mujeres”. Nunca sabremos si la demonización del feminismo y de los derechos de las mujeres que hace la Iglesia habría sido menos efectiva sin el término “género” (quizás otro término habría cumplido la misma función), pero es útil darse cuenta del aspecto contingente de esta historia, ver cómo el término ha migrado y evolucionado, cada vez más separado de sus orígenes en la teoría feminista. Nada de esto quiere decir que la “ideología de género” es un error, en absoluto. Es una pieza de retórica política muy efectiva.

Krzysztof Charamsa lamenta el surgimiento de la “ideología de género”, considerándola una falla del intelecto de parte de las/los teólogas/os católicas/os. Cuando tuvo que enfrentarse a los desarrollos de la psicología y los estudios de género, la Iglesia respondió con pánico, que luego se convirtió en rigidez y un vergonzoso anti-intelectualismo. Habla menos como investigador que como un desilusionado ex integrante de la institución que critica. Se queja de que en vez de reevaluar conceptos como “ley natural” a la luz de los estudios de género y de afrontar la nueva realidad social, la Iglesia cortó de cuajo toda posibilidad de discusión, y considera que esta decisión es un escándalo intelectual y una derrota moral. Esta perspectiva puede ser verdad en lo que se refiere a teólogas/os específicas/os, de quienes Charamsa nos dice que simplemente fueron incapaces de hacer sus deberes en estudios de género. De hecho, creo que la mayoría de ellas/os leyó la caricatura de los estudios de género hecha por Gabriele Kuby. Sin embargo, en mi opinión, hay mucho más que ignorancia deliberada en la “ideología de género”. Como otros artículos en este volumen lo demuestran, es una herramienta política notablemente flexible y efectiva y debe ser analizada como tal. Para decirlo sin rodeos, considerando los objetivos de largo plazo del Vaticano, la “ideología de género” es una invención muy inteligente.

Esto queda brillantemente demostrado en el artículo de Sara Garbagnoli, mi favorito en este volumen. La autora muestra los orígenes doctrinales del concepto y analiza su carrera política en dos contextos (Francia e Italia). Conceptualiza a la “ideología de género” como una “expresión performativa que transforma la realidad social que supuestamente describe”, una estrategia notablemente efectiva en una lucha por la hegemonía cultural. Permítanme agregar que, al menos en Polonia, el progresismo claramente ha perdido esta lucha: la palabra “género” es casi sinónimo de “perversión” en el discurso de los medios polacos. En enero de 2017, Kaja Godek, una activista antigénero asociada a una organización radical contraria al derecho a decidir, escribió una carta a las universidades públicas pidiéndoles que revelaran listas de docentes que enseñaran género y cuánto se les pagaba. Todavía no está claro cómo van a reaccionar las universidades, pero la solicitud está escrita en tono acusatorio, propio de alguien que está buscando criminales. Al mismo tiempo, el gobierno está considerando seriamente que Polonia retire su ratificación de la convención contra la violencia de Estambul, con el argumento de que promueve la “ideología de género”.

Como explica Garbagnoli, la “ideología de género” ha servido para construir un enemigo único a partir de grupos y movimientos que, en realidad, son bastante diversos. Se las arregla para reunir tanto a actores religiosos como no religiosos, legitimándose como un discurso que defiende “lo que es humano” y al cual es difícil responder debido a su extraordinaria flexibilidad. Gracias a la idea brillante de que el “género” (y no el “feminismo”, ni el “aborto” ni la “homosexualidad”) sea ahora el blanco, el Vaticano ha sido capaz de reencuadrar el debate, porque “la existencia de un frente ‘antigénero’ hace creer que existe un frente ‘progénero’”. Esto está en total sintonía con mi propia visión, bastante pesimista, de la lucha actual. Las/os progresistas –incluyendo a las/os católicas/os y protestantes progresistas cuyo rol en las luchas de género en Argentina discuten Pecheny et al.– están perdiendo terreno en todo el mundo. Meterse en debates con las/os liberales nunca fue parte del plan del bando ortodoxo. El plan es deslegitimar nuestro trabajo y nuestra forma de pensar, para hacernos una mala fama de la que nos cueste despegarnos y que nos excluya del debate público. El hecho de que el nombre resulte tomado de nuestro propio vocabulario no hace que las cosas sean nada mejores.

Esto me lleva al análisis que hace Eric Fassin de la retórica antigénero francesa. Su ensayo me resulta tanto fascinante como excesivamente optimista. Fassin claramente siente curiosidad y se

divierte con el hecho de que las/os antigénero, a pesar de su supuestamente estricta adhesión al esencialismo, de hecho participen en los muy teatrales intercambios que ocurren en el corazón de la democracia sexual. Sus carteles y eslóganes y estrategias son paródicos más que serios (como cuando los *Hommen* parodian al grupo feminista *Femen*), aseguran ser amistosas/os con los gays (y sólo estar en contra del matrimonio entre personas del mismo sexo), e incluso llegan a vestirse de drag algunas veces. En efecto, sostiene, “esta retórica católica tiene una gran falla estratégica: el ataque contra los estudios de género hace que la posición del Vaticano sólo sea una entre otras”. Los análisis de Fassin podrían incluso llevar a la conclusión de que la posición antigénero es esencialista sólo en términos estratégicos, que quienes la sostienen tienen de hecho plena conciencia de que su propio concepto de género es construido. De hecho, creo que este es a menudo el caso. Las/os conservadoras/es suelen ser personas muy inteligentes y autorreflexivas, ni más ni menos que las/os progresistas. Las/os autoras/es de eslóganes bromistas como “Queremos sexo, no género” o “No pongan un dedo sobre nuestros estereotipos de género”, las/os activistas que (de forma algo incongruente) usan la imagen de un caracol para señalar su desagrado por la ambivalencia de género, esta gente probablemente tiene plena conciencia de que su concepto de qué es “natural” es, de hecho, una construcción. Sin embargo, esto no las/os hace participantes en la democracia sexual. Quieren que su constructo gane excluyendo a todos los demás constructos. Si vivimos en una democracia liberal, donde la libertad de expresión, la libertad de prensa y la autonomía de las universidades pueden darse por descontadas, entonces no hay nada de qué preocuparse. El debate continúa. Pero, ¿realmente vivimos en un mundo así? A diferencia de Fassin, creo que el populismo intolerante se está extendiendo con rapidez y el uso de la parodia y de los signos introspectivos le sirven de ayuda más que ser un obstáculo. Al igual que el ascenso de Steve Bannon al puesto de Estratega Jefe de la Casa Blanca, estos fenómenos no son causa de alegría para las/os investigadoras/es en estudios de género. Esto no es una democracia sexual, estamos en medio de una revolución populista de derecha.

Por consiguiente, tengo una gran dosis de escepticismo al leer la optimista idea de Sarah Bracke y David Paternotte acerca de que

La “ideología de género”, no obstante toda su oposición al género como concepto, se basa decididamente y reproduce el trabajo analítico que cumple el género como categoría, porque



conecta los puntos, entre otras cosas, entre el sexo, la sexualidad, la reproducción y la formación de la familia. Precisamente por aceptar y hacer la conexión entre estos temas, el concepto de género está reafirmado, incluso si reproducirlo aparentemente sirve para rechazar totalmente el concepto. En otras palabras, la “ideología de género” está atrapada en un lazo del que no puede escapar: sigue predicando su rechazo del género, e irónicamente reafirma los vínculos conceptuales que ha establecido el género como categoría.

¿El auge de la posición antigénero es una victoria de los estudios de género? Parece una forma tentadora de ver el asunto, pero sigo sin estar convencida. Tal como con el trabajo de Fassin, mi respuesta está teñida por la experiencia vívida de la posición antigénero no como parte de la “democracia sexual” sino como parte de la ideología del gobierno en el poder. Es más, hoy en día las/os antifeministas se están apropiando de muchas tácticas retóricas de la izquierda progresista y de los movimientos LGBT. Pero esto da tanto pie para el optimismo como el uso exitoso de la ironía por parte del movimiento de la derecha alternativa en Estados Unidos. La derecha populista religiosa (así como la secular) tiene éxito hoy porque aprendió a “tener onda”: bien vestida, ingeniosa, con gran habilidad para el uso de los medios modernos (incluyendo las redes sociales), bien instruida en estrategias retóricas y estilos de comunicación asociados con el posmodernismo (parodia, sampleo, imitación, ironía, drag) y con los movimientos sociales progresistas (posicionarse como víctima de “discriminación” y rebelarse contra el status quo). Usan bien estas herramientas, pero las usan con el propósito de dismantelar la democracia liberal, no para participar en sus muchos debates. De manera que los mismos aspectos de la “ideología de género” que parecen ser contradicciones o debilidades intelectuales son de hecho manipulaciones discursivas enormemente efectivas.

Probablemente Polonia sea el lugar donde esto es más evidente que en ninguna otra parte. La campaña antigénero de tuvo lugar entre 2012 y 2014 y el pánico moral que provocó dieron lugar a la victoria de la derecha en el otoño de 2015, a partir de la cual algunas de las figuras claves de la posición antigénero se integraron al gobierno. Desde entonces, la amenaza de la “ideología de género” ha sido mayormente reemplazada por la de las/os refugiadas/os provenientes de países musulmanes (a quienes se equipara con terroristas islámicos). La cruzada contra el género fue el preludio del autoritarismo y sigue siendo su aliada. Las/os políticas/os de derecha invocan

la amenaza que supuestamente representan las/os partidarias/os del género como justificación para el actual desmantelamiento de las instituciones democráticas, los cambios en la currícula escolar, el ataque a las organizaciones de investigadoras/es. Es dudoso que quienes enfrentan esta represión encuentren reconfortante la propuesta de Fassin de que el “género” obtuvo mayor visibilidad gracias a la oposición antigénero.

Uno de los aspectos más interesantes de la oposición antigénero es el tema recurrente del género como “colonización”. (Graff y Korolczuk 2017) Bracke y Paternotte proponen que el surgimiento de este tema debería ser visto como parte del “auge de una Iglesia poscolonial”, representada por el cardenal Sarah y el papa Francisco. El panorama religioso del Sur Global es de una importancia clave aquí, especialmente el “mercado religioso competitivo caracterizado por una presión creciente sobre la Iglesia Católica africana para que se posicione de forma intransigente en lo que respecta a la homosexualidad, en respuesta a las denuncias de las iglesias Pentecostal y Carismática contra la Iglesia Católica como partícipe de una conspiración global que promueve los derechos de los gays”. (Bracke y Paternotte: 150) Considero que este análisis es un complemento útil de mi propia forma de entender cómo usa la derecha el marco anticolonial. Sin embargo, debemos tener en cuenta cómo funciona ese marco en varios contextos y lugares. Cuando quienes apelan al “colonialismo” son actores como las/os nacionalistas aliadas/os con la Iglesia Católica en Europa del este, es la Unión Europea la que estaría actuando como “colonizadora”. La categoría de cultura indígena (donde sea que esté) como conservadora y “auténtica” puede ser indefendible en términos teóricos, pero tiene un tremendo poder de movilización porque apela a afectos colectivos (orgullo y vergüenza). Las/os creyentes en muchos contextos diferentes han sido tratadas/os por el discurso antigénero como especiales, excepcionales y de hecho como el pueblo “elegido” destinado a salvar al mundo del género, a defender la cristiandad y la naturaleza humana. Tal como una cantidad de investigadoras/es en Europa del este ha sostenido recientemente, el poder de la retórica antigénero no reside en su consistencia interna sino en su rol como “pegamento simbólico” de la derecha, en su ubicación en el nuevo lenguaje del populismo:

Para las fuerzas del populismo intolerante [...] el concepto de “ideología de género” se ha convertido en una metáfora de la inseguridad y la injusticia producidas por el actual orden socioeconómico. [...] La “ideología de género” ha pasado a significar el fracaso de la



representación democrática y la oposición a esta ideología se ha convertido en un medio para rechazar diferentes facetas del actual orden socioeconómico. (Grzebalska et al. 2017)

Elzbieta Korolczuk y yo hemos sostenido que el marco anticolonial es central en este éxito político, el cual tiene poco que ver con la historia real del colonialismo:

La oposición al género es clave para la coherencia ideológica del actual giro intolerante y la oposición antigénero se ha convertido en un nuevo lenguaje de resistencia al neoliberalismo. La apropiación del marco anticolonial por parte de fuerzas mundiales de derecha limita seriamente las estrategias discursivas disponibles para que la izquierda pueda responder al neoliberalismo. (Graff and Korolczuk 2017)

Para concluir, los trabajos que conforman este volumen me resultan sumamente interesantes, si bien en ocasiones demasiado optimistas. También me quedan una serie de preguntas sin respuesta. Un tema que esperaba que fuera investigado es la relación entre la cruzada antigénero y la crisis resultante de los escándalos de pedofilia. Aquí está en juego algo más que una coincidencia en el tiempo, eso está bien claro, pero no está claro cuál podría ser la conexión. En Polonia, a veces se culpó al “género” (junto con las altas tasas de divorcio y la pornografía) por la pedofilia. ¿Se trató de una excepción o es parte de un patrón? Otro tema interesante que quedó mayormente sin indagar en este volumen es el del “género” como apocalipsis y más en general los aspectos dramáticos de la retórica antigénero. Hay algo deliciosamente maligno en la “ideología de género”, la forma en la que atrae, como un imán, los muchos miedos, ansiedades y obsesiones del conservadurismo cultural: la amenaza a las/os niñas/os, el peligro de que “colapsen” las diferencias entre hombres y mujeres, la profecía del fin de la civilización. Todo eso se suma y produce una imagen profundamente perturbadora pero excitante. Habiendo estudiado algunos de los textos más obsesivamente antigénero producidos en Polonia (especialmente los del Padre Oko, mencionado por Charamsa en este volumen), esperaba conocer más acerca de la dimensión escatológica de la oposición antigénero. ¿Cuál es la teología detrás del “demonio” del género? ¿Cuán serias son las visiones de la “destrucción del hombre”? ¿La versión católica de la oposición antigénero es significativamente diferente de la protestante? ¿Las/os opositoras/es antigénero seculares rechazan o simplemente ignoran las facetas apocalípticas del ataque católico al género?

Estas preguntas todavía aguardan a investigadoras/es que deseen meterse con ellas. La posición antigénero puede finalmente resultar políticamente peligrosa, pero mientras tanto sigue siendo un terreno de estudio fascinante.

Referencias

Graff, Agnieszka, and Korolczuk, Elżbieta. 2017. 'Gender as "Ebola from Brussels": The Anti-colonial Frame and the Rise of Illiberal Populism', *Signs, Journal of Women in Culture and Society* (forthcoming).

Grzebalska, Weronika, Kovats, Eszter, and Peto", Andrea. 2017. 'Gender as symbolic glue: how "gender" became an umbrella term for the rejection of the (neo)liberal order', *Political critique*, accesado el 19 febrero de 2017, <http://politicalcritique.org/long-read/2017/gender-as-symbolic-glue-how-gender-became-an-umbrella-term-for-the-rejection-of-the-neoliberal-order/>.